

VIEJAS POSTALES DESCOLORIDAS

LA EXPLOSION DE LOS POLVORINES

en 26/4/24 por Federico Villoch

DE muchachos, y cuando de tarde en tarde, nos «futiábamos», al principio del colegio, después, del Instituto, en compañía de dos o tres amigos, pasábamos las horas de clase en la Cortina de Valdés o en la Quinta de los Molinos, pero donde con mayor frecuencia encaminábamos nuestros pasos era al Litoral de la Bahía, en la que acabábamos de dar un entretenido paseo, animados por los encomios que nos hacían aquellos pintorescos guardañeros de entonces, generalmente gallegos, de las excelencias de sus botes el «María Pita», «El Volador», «La Virgen de Regla», y otros nombres por el estilo, y de los atractivos que ofrecían «el vapor correo de España, acabado de llegar» o el «barco de guerra inglés, anclado frente a las carboneras de Casa Blanca», cuyas tramontanas no descansaban un momento abasteciendo los barcos de aquél combustible que era el único que se usaba entonces. Los más serios y estudiosos de nuestros compañeros, cuando se decidían a ir en aquellas correrías con nosotros, eran los más alborotosos y decididos; tramando arriesgados planes e imaginando irrespetuosas pillerías que no nos atreveríamos a afrontar los veteranos en aquellas lides. Con el dinero de la merienda que habíamos reunido durante la semana, a real por día, reuníamos cerca de un par de pesos, que distribuíamos entre el alquiler del bote y las vituallas para la excursión, consistentes en sandwichs de panecillos franceses, con jamón, su poco de mantequilla rancia de bodega, dulce de guayaba de aquellas cajitas de madera redondas de a dos por medio y queso Patagrás, de aquel suave y mantecoso, que ya no se ve por ninguna parte. Con eso, y con la alegría de los doce años, quince el que más, nos sentíamos dispuestos hasta acometer el descubrimiento y la conquista de un Nuevo Mundo, si algún otro por descubrir quedaba en algún escondido rincón de la Bahía, que por lo grande y abierta, se nos figuraba el mismo mar insondable Atlántico...

Después nos hemos embarcado muchas veces en grandes y cómodos trasatlánticos para emprender largos viajes de recreo a las grandes ciudades de América y Europa; pero nunca, jamás, hemos vuelto a experimentar aquel hondo e íntimo regocijo que nos recorría la columna vertebral, en un largo estremecimiento nervioso, cuando el guardañero arriaba la vela, soltaba el amarre, se colocaban en franquía y el «María Pita», «El

Volador» o «La Virgen de Regla», se iba separando de tierra para conducirnos a Cayo-Puto, al Ingenito, a las Ensenadas de Marimelena, Atarés, Guasabacoa...

Grandes barcazas cargadas con la basura de la ciudad pasaban al lado de nuestro bote. Entonces tenía esa contrata la compañía Izquierdo, Sánchez y Sigarroa, y también había frecuentes huelgas entre los recogedores de la basura, todos gallegos. Don Manuel Sánchez Gómez, gerente director de la empresa, tenía que andar detrás de los alcaldes, suplicándoles para que les abonase la cuota de la recogida. También tenía esta empresa la contrata de proveer de agua a los buques surtos en Bahía, lo que verificaba mediante grandes algibes. El barrido de las calles y la recogida de la basura, era uno de los espectáculos poco edificantes que tanto abundaban en la Habana antigua. Tenía lugar precisamente a la hora en que salía el público de los teatros, el cual se veía obligado a percibir el nauseabundo hedor de los desperdicios recogidos en cajones, barriles, latas de todos los tamaños y clases, y también en envoltorios de papel de diarios viejos que algunos despreocupados vecinos arrojaban impunemente desde las azoteas de sus casas y que a lo mejor les caían al transeúnte en la cabeza. El público se veía envuelto en grandes nubes de polvo y en oleadas de malos olores, de las que huía tapándose la boca con el pañuelo. El Gobernador Batista, de grata memoria, acabó con esta repulsiva y antihigiénica costumbre, disponiendo que se hiciese el barrido y recogida después de las cuatro de la madrugada.

Estas basuras, parte se arrojaban al mar, sacándolas del vertedero de Tallapiedra y parte se amontonaba en medio del antiguo patio de Villanueva, de donde eran recogidas en plataformas que una locomotora arrastraba después por toda la calle de la Zanja, hasta arrojarlas en un sitio próximo a la Ciénega, en una finca comprada por Sánchez, y en donde era utilizada para abonar los terrenos propiedad del Conde Ibáñez. La fiebre amarilla, el tífus, la difteria y otras terribles enfermedades, revoloteaban a sus anchas encima de esos detritus: malo es que resurjan como el Fénix, de sus cenizas; a poco que la Sanidad se descuide. Don Manuel reunió una buena fortuna con estos servicios: era padre del hoy afincado y muy querido clubman Manolo Sánchez, uno de los más expertos y entusiastas golfistas del Country Club.

Puerto

Uno de los encantos de nuestros paseos en bote, era atravesar el bullente oleaje que dejaban a su paso los vaporcitos de Regla: el bote se zarandeaba como una cáscara de nuez, y ello nos hacía reír de puro miedo. A veces pasábamos al lado de algunos botes pescadores que venían de «afuera» y nos entreteníamos viéndoles abrir las redes y verter el contenido de su pesca en grandes lanchones que la trasladaban a la antigua Pescadería de Tacón. Es curioso el parecido que algunos peces tienen con no pocos humanos: el pargo es el caballero elegante del mar, bien plantado, de correctas líneas, uno de esos seres a quienes la ropa les cae sin pliegues ni arrugas y ajustada perfectamente al cuerpo. La cherna es «una callejera barata», de mirar cínico y bocaza provocativa. Las sardinas, con sus bruscos saltos y su continuo movimiento, recuerdan los estudiantes revoltosos. Hay peces limpios, aseados, que brillan centelleantes, con sus escamas de plata; hay otros sucios, asirosos, que se muestran envueltos en capas de lino y manchados de viscoso fango, denunciadores de ocultas y misteriosas madrigueras. Pegado a la borda del bote a veces nos seguía un enorme escualo, a flote su monstruosa y repulsiva cabeza y nos enseñaba la triple hilera de sus puntiagudos y afilados dientes, clavando en nosotros sus ojos retadores; durante algunas noches, soñábamos después con aquella cabeza y aquellos ojos y aquellos dientes...

De la bahía de entonces a la de hoy, va una diferencia notable. No somos peritos para saber si ha perdido o ganado; pero a nosotros se nos figura que la de entonces era, por lo menos, más pintoresca con sus muelles, el de Paula, el de Caballería, el de San Francisco y otros, con los innumerables bergantines, barcas y goletas que se veían atracados a ellos. Era crecido el número de goletas que existían porque la navegación de cabotaje era de gran importancia. De aquellas goletas recordamos «La Alta-gracia» y «La Pilar», patronos respectivamente Peregrín Navarro y Lázaro Pérez, ambas del conocido armador de entonces, Faustino Marante. «La Gertrudis» de Leandro Sell, patrón Francisco Mayor, conocido por el Mayorquín, que llevó veinticuatro años de servicio; la «María», del propio Leandro Sell, patrón Vicente Roselló; «El Caballo Marino», de Juan Pujol, patrón Bartolo Tinientes; «La Habana», también de Pujol, patrón Francisco Pena; la «María Magdalena», de Guzmán, patrón Villalonga y otras. Hacían viajes de la Habana a La Mula-ta, Bahía Honda, Cabañas, Mariel, llevando víveres y trayendo carbón y maderas. También eran muy corrientes los viajes de goleta entre Matanzas y la Habana; solían hacerse traslados de muebles por ese medio, como más cómodo y barato.

Una nota característica de la bahía de aquellos tiempos: la estrepitosa sirena del vapor americano «Mascota», que sonaba alarmando a toda la ciudad, a su salida y entrada del Puerto. Aunque no fue-

semos a pasear por la bahía, de mucho siempre nos agradaban estas excursiones por el litoral y los muelles. El ruido de las transutanas de Casa Blanca; el de las carretillas rodando por los es-pigones cargados de cajas, fardos, barricas; el bronco sonar de las sirenas de los trasatlánticos, próximos a zarpar, azuzaban en nuestro espíritu esa ansia que siempre nos ha animado por los viajes y la renovación del ambiente. Aquellas fondas, cantinas, cafés, kioscos, que se levantaban en gran número frente a la bahía, tenían y tienen un fisonomía sui-géneris, de cosa de mar. Lo que se comía, bebía y se fumaba tenía el olór y el gusto de la brea y el alquitrán. Hasta los nombres de aquellos establecimientos respondían a la zona y al ambiente en que radicaban. Había fondas que se llamaban —y no podrían llamarse de otro modo— La Capitana, La Marina, La Vizcaina, La Florida, Las Brisas del Océano. Cafés que se nombraban El Vigía, El Cántaro, Méndez Núñez, Colón, El Nuevo Mundo, El Morro, Kioscos de tabacos y bebidas, conocidos por «el del Piloto», «el de la Bitácora», «el del Norte», «el del Oeste», unas y otros frecuentados especialmente por capitanes, pilotos, patronos, marineros, agentes de aduanas cargadores de muelle que iban y venían sin descanso, en medio de una charla bullanguera y pintoresca en que sobresalía el rudo acento de los mayorquines y los yanquis.

Creemos recordar —seguramente nos engañamos— que en la bahía de entonces había más movimiento que en la de ahora. Recordamos los remolcadores El Aguila, el mayor de todos, que tenía sobre el techo de la caseta de proa una inmensa águila dorada. Era el señor de los remolcadores que surcaban entonces la bahía; y el más chico, uno que la gente guasona del Puerto no lo conocía por otro nombre que por el de «Busca el almuerzo», a causa de que salía afuera y haciendo sonar su pito muchas veces, con entrecortados repetidos sonos, llamaba la atención de los barcos y goletas que navegaban próximo a él, algunos de los cuales lograba remolcar al fin, ganándose una módica retribución, con la que se pagaba la comida del día. Chiquitico, ligero, no paraba un instante, e iba y venía de continuo, de un lado para otro, como una diligente hormiguita que se busca su grano de trigo. Aún quedaban algunos antiguos vapores de ruelas, que hacían viaje por la costa norte, llevando pasajeros y carga, entre otros, el Bahía Honda y El Antolín del Collado, el que, no pudiendo ya con su vieja armazón, se quedó un día varado para siempre en un arenal próximo a la Habana. También trabajaban, y se movían mucho en bahía, el «Sussie», el «Fernando», y era muy pintoresco por su estructura, semejante a un trasatlántico, «El Auxiliar Número 4», de la Compañía Trasatlántica Española.

Esta última excursión o escapada a que nos referimos, y en la que eran nuestros compañeros, nuestros discípulos, Alfredo Liñero, Antonio Borges y Juanillo Montalvo— ninguno pasábamos de los 18— tuvo lugar el día 29 de abril

3

de 1884, que fué tristemente memorable para los habaneros, durante algunos años. Después de pasar nuestro bote por delante de Santa Catalina, el dique seco de Pessant y otros lugares del Puerto, arrimamos frente a los polvorines de los Muelles del Arsenal, dándonos, como es consiguiente, el alto, el centinela que aquel día y aquella hora hacía la guardia en lo más avanzado de ellos, hacia los de San José y San Felipe. El guadañero de «El María Pita», que así se llamaba aquella tarde nuestro trasatlántico, renegaba de nuestra insistencia en acercarnos al peligro, cuando en medio de la disputa... ¡un inmensísimo relámpago envolvió al Polvorín de San José, y tras una formidable y estruendosa explosión, lo vimos volar por los aires, confundidos, pedazos de miembros humanos, trozos de muebles, pedruscos, mil objetos varios, al propio tiempo que el guadañero, pintado en su rostro el mayor espanto, gritaba tapándose los ojos con ambas manos: —¡Madre Dios!— y los cuatro viajeros del «María Pita» éramos lanzados fuertemente contra las bordas del frágil botecillo, que se encumbraba en lo alto de una gigantesca ola, levantada por la espantosa conflagración...

—¡A tierra! gritamos todos.

—¡Ahora siguen los otros polvorines! gritaba el guadañero, dándole a los remos y huyendo del peligro cada vez más aterrorizado.

A nosotros nos hizo aquello la impresión de habernos caído un astro en la cabeza. La densa humareda de la explosión oscureció el sol unos instantes, comunicándole a sus rayos una luz espectral que lo envolvía todo, aguas, barcos, casas, personas, en un tono verde violáceo, que acrecentaba nuestro espanto. Los vapores surtos en las proximidades de los polvorines, lanzaban al aire el alullido de sus estridentes sirenas, pidiendo auxilio; y ello aumentaba el terror del momento. Algunos remolcadores, lanzando también agudos y nerviosos pitazos, enfilaban la salida del Puerto, huyendo de las próximas explosiones que se esperaban; pero otros, cuyos patrones se manifestaban más altruistas, se acercaban al lugar de la hecatombe para prestar

el mayor auxilio que pudieran: todo era confusión en el Puerto, lo mismo que en tierra. Según en nuestro remar frenético, nos acercábamos al muelle de Paula, que era el que teníamos más a las manos, íbamos percibiendo con mayor claridad el vocerío del pueblo, que se había echado a la calle loco de terror, corriendo de un lado para otro, sin rumbo fijo. Cuando pisamos tierra, nuestro primer impulso fué dirigirnos hacia el Instituto, hacia la calle de Obispo, donde era natural y de nuestro deber que estuviéramos, y donde el instinto nos hacía creer que irían a buscarnos nuestros familiares. En la esquina de San Ignacio encontramos a un

grupo de estudiantes, compañeros, a quienes el Catedrático de Historia Natural y Botánica, el F. Rosado, que siempre vestía de paisano, con su eterna sonrisa y parsimonia, recomendaba calma: calma, muchachos —les decía— calma, ya se verá lo que ha sido. Estaban dando clase con él en el aula al lado del Gabinete de Física y Química, del que era entonces ayudante el joven Biosca, más tarde doctor Catedrático de Física de nuestra Universidad. En un principio creyeron que la explosión había tenido lugar en dicho gabinete, al estar realizando en él alguna preparación el citado ayudante Biosca; pero visto que no era así, los estudiantes se lanzaron a la calle a indagar la causa. Recordamos que estaban entre ellos, como siempre, con su eterno buen humor y haciendo chistes, nuestros inolvidables amigos y compañeros Adolfo Bell y Balbino González, que ocuparon después puestos prominentes en la República. En el Instituto no habían quedado, cuidándolo, más que sus dos bedeles, Jaco y el célebre «Boruga».

Seguimos después el rumbo incierto de la multitud enloquecida. Unos aseguraban que la explosión había tenido lugar en el Convento de San Francisco, de Cuba y Amargura, en cuyos sótanos, decían, tenían los frailes acumuladas grandes cantidades de pólvora. La gente hablaba de ir a asaltar el convento y degollar a los frailes. Durante unos segundos prendió en la muchedumbre la locura revolucionaria; pero llegados a la esquina de Amargura, los frailes, a las puertas de su monasterio, también procuraban enterarse del motivo de la formidable explosión. Otros decían que la cosa era en la Maestranza de Artillería; otros, que en uno de los muelles de Tallapiedra, donde un ferretero de nombre acumulaba grandes cargamentos de dinamita; otros, los masones; los comunistas no figuraban aún en el «elenco». Nosotros, según corríamos hacia nuestro barrio, que era el de Monserrate, íbamos dando la verdadera noticia. Todo el mundo estaba en la calle, corriendo con las manos en la cabeza; y cuando se tuvo la convicción de que la cosa había ocurrido en los polvorines de San José y San Felipe, daban ya por cierto que del uno al otro segundo seguirían los otros; y que acabaría por volar el Arsenal entero, convirtiéndonos a todos en cenizas. En el Campo de Marte dieron a luz muchas mujeres; a algunas niñas le pusieron por nombre Bárbara, Santa Patrona de los artilleros; y a los niños, Lorenzo, el santo de las parrillas. Recordando aquel cuadro de espanto que ofrecía la Habana en aquellos momentos, podemos darnos cuenta al presente, del terror del pueblo londinense, corriendo enloquecido bajo las mortíferas bombas de los aviones alemanes.

Llegamos a nuestro domicilio en la calle de la Industria número 82, jadeantes, encontrando que la explosión había causado graves desperfectos en las paredes

4

del zaguán y las lucetas de las ventanas, señalando para las cuales nuestro primo hermano, Salvador Menéndez Villoch, que no llegaba a los dos años, exclamaba con demostraciones de miedo: «¡Pun! ¡Fun!» No quedó en la Habana una casa que no presentara su rasgadura correspondiente. En Jesús del Monte y el Cerro, ocurrieron varios derrumbes.

Con motivo del sacudimiento de la explosión, se rompieron muchas cañerías del alumbrado y los gasómetros de Tallapiedra de la Compañía Gas Light, sufrieron desperfectos de tal importancia, que no

se le pudo dar luz a la población durante unos días. La Habana volvió al año 1820: los transeúntes andaban por las calles con farolitos de manos; y las casas se alumbraban con velas de esperma—no quedó una en ninguna bodega—o con lámparas de luz brillante, de la que también se hizo inusitado consumo.

La explosión tuvo lugar a la una menos cuarto del citado día 29 de abril de 1884. Las víctimas ascendieron, entre muertos y heridos, a más de cuarenta. La cabeza del centinela que estaba de guardia en la garita de San José—el que nos había dado el alto—fué encontrada en el patio de una casa del barrio de San Isidro. La guarnición de treinta hombres del batallón Borbón, que custodiaba los polvorines, pereció casi toda debajo de los escombros, resultando herido muy grave el oficial de la guarnición, señor Mariño. El oficial que mandaba el destacamento de los polvorines, había ido a almorzar con su familia a Guanabacoa, y a eso debió la vida. También murió el teniente de artillería Don Tomás Mansilla, que había ido a aquel lugar comisionado para el soleo de la pólvora. El capitán de artillería Don Arturo Rodríguez, quedó sepultado entre los escombros; pocos días antes había dado una interesante conferencia en el Círculo Militar,—que se hallaba en el Prado—sobre la dinamita. Era Gobernador de la Habana don Juan Ales, Marqués de Altagracia, quien dirigió una sentido alocución al pueblo, recomendándole orden y cordura, en vista de las tristes circunstancias y carestías en que se veía envuelta la ciudad a causa de tan terrible catástrofe. El capitán de un barco mercante que entró en Puerto horas después de la catástrofe, declaró que había oído el estampido de la explosión a quince millas de la costa.

Un mes más tarde, el teniente coronel Ruiz, del Cuerpo de Artillería, persona muy estimada en nuestra sociedad, y que, andando los años había de tener un fin tan trágico como inmerecido, pronunció en el teatro Tacón una erudita e interesante conferencia sobre la expansión de la pólvora, citando las explosiones más célebres en varias ciudades, cuarteles y puertos del universo.

Al vernos libres de aquel peligro que de tan cerca nos amenazaba, lo tomamos por un aviso de la providencia, y nos hicimos el firme propósito—que cumplimos ad pedem litere—, de no pasear en bote por la bahía, y sobre todo, de no fuitarnos más del colegio. No hay más que cumplir con el deber, nos dijimos. No cabe duda que las grandes conmociones, geológicas o políticas, obligan al hombre a cambiar de ruta, y a refrenarse; y así es como de explosión en explosión y de escarmiento en escarmiento, van caminando hacia su ignoto destino los muchachos, los hombres, los pueblos...

Un buen día del año 1935, durante la Presidencia del Coronel Mendieta, empezaron a oírse unos tiros y unos formidables bmbazos por las proximidades del barrio de Tallapiedra—nuestro barrio Saint Antoine de las Revoluciones Francesas—y la gente se dió a correr sobresaltada, creyendo, dadas las circunstancias políticas reinantes, que había estallado un movimiento revolucionario; pero no tardó en saberse de lo que se trataba; y cesando en sus alarmas, carreras y temores, todo el mundo respiró tranquilo, diciéndose algunos, con visible desencanto:

—No hay que asustarse caballeros; son los polvorines de San José y Felipe que han explotado otra vez como en 1884: la cosa no tiene importancia.

Las mismas causas no producen siempre los mismos efectos. Esta vez resultó la explosión de un cohete mojado, la de los polvorines de San José y San Felipe, que habían sembrado el terror en la Habana hacía justamente medio siglo. Ante las explosiones electorales y la carga de pólvora, balas, metralla y dinamita que llevaba dentro cada político, ¿qué importancia puede tener—aunque lo hicieran todos los de la Habana y juntos a la vez, LA EXPLOSION DE LOS POLVORINES?

*DM
Causa 26/4*